

# ***EL BARÓN***

***LEANDRO FERNÁNDEZ DE  
MORATÍN***

***Freeditorial*** 

## ***PERSONAJES***

DON PEDRO  
LA TÍA MÓNICA  
ISABEL  
LEONARDO  
EL BARÓN  
FERMINA  
PASCUAL

**La escena es en Illescas, en una sala de casa de la tía Mónica.**

**El teatro representa una sala adornada al estilo del lugar. Puerta a la derecha que da salida al portal, otra a la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro, con escalera por donde se sube al segundo piso.**

**La acción empieza a las cinco de la tarde y acaba a las diez de la noche.**

LEONARDO

Sí, Fermina, yo no sé  
que extraña mudanza es esta;  
ni apenas puedo creer  
que en tres semanas de ausencia  
se haya trocado mi suerte  
de favorable en adversa.  
¿Qué misterios hay aquí?  
¿Por qué su vista me niega  
Isabel? ¿Por qué su madre,  
que me ha dado tales pruebas  
de estimación, me despide,  
me injuria?... ¡Oh! ¡Cuánto recela  
un infeliz!... Pero, dime,  
ese Barón que se hospeda  
en esta casa...

FERMINA

¿El Barón?

LEONARDO

Sí, ¿qué pretende? ¿Qué ideas  
son las tuyas?

FERMINA

No es posible  
que un instante me detenga.  
**(Mirando adentro con inquietud.)**

LEONARDO

Pero, dime...

FERMINA

Es que si viene  
mi señora, y os encuentra,  
habrá desazón.

LEONARDO

Después  
que yo de tu boca sepa  
mi desventura, me iré.  
Di...

FERMINA

Pues bien, la historia es esta.  
Ya sabéis que hace dos meses  
con muy corta diferencia,  
que el barón de Montepino

se nos presentó en Illescas.  
Tomó un cuarto en la posada  
de enfrente. Estando tan cerca,  
desde su ventana hablaba  
con nosotras... bagatelas,  
y chismes de vecindad.  
Vino hasta media docena  
de veces a casa, y luego  
fue la amistad más estrecha.  
Hablaban de sus vasallos,  
de su apellido y sus rentas,  
de sus pleitos con el Rey,  
de sus mulas, etcétera.  
Mi señora le escuchaba  
embebecida y suspensa,  
y todo cuanto él decía  
era un chiste para ella.  
Hizo el diantre que a este tiempo  
se os pusiese en la cabeza  
ir a ver a vuestro primo  
que, a la verdad, no pidierais  
haber ido en ocasión  
más mala.

LEONARDO

Estando tan cerca  
de Toledo, estando enfermo  
de tanto peligro, ¿hubiera  
sido razón...?

FERMINA

Yo no sé...  
Voy a acabar, no nos sientan.  
Nuestro Barón prosiguió  
sus visitas con frecuencia:  
siempre al lado de mis amas,  
siempre haciéndolas la rueda,  
muy rendido con la moza,  
muy atento con la vieja;  
de suerte, que la embromó.  
La ha llenado la cabeza  
de viento; está la mujer  
que no vive ni sosiega  
sin su Barón; y él, valido

de la estimación que encuentra,  
quejándose muchas veces  
de que la posada es puerca,  
de que no le asisten bien,  
que los gallos no le dejan  
dormir, que no hay en su cuarto  
ni una silla ni una mesa;  
tanto ha sabido fingir,  
y ha sido tan majadera  
mi señora, que ha enviado  
por la trágica maleta  
de El Barón, y ha dado en casa  
eficaces providencias  
para que su señoría  
coma, cene, almuerce y duerma.  
En efecto, ya es el amo:  
se le han cedido las piezas  
de arriba; viene a comer,  
se sube a dormir la siesta,  
vuelve a jugar un tresillo,  
o sale a dar una vuelta  
con las señoras; después  
vienen a casa, refresca,  
cena, sin temor de Dios,  
vuelve a subir y se acuesta.  
Tal es su vida. El motivo  
de haber venido a esta tierra,  
ha sido, según él dice...  
¡Para el tonto que lo crea!  
No sé que lance de honor,  
de aquellos de las novelas:  
persecuciones, envidias  
de la corte, competencias  
con no sé quien, que le obligan  
a andarse de zeca en meca...  
En fin, mentiras, mentiras,  
mal zurcidas todas ellas.  
Esto es lo que pasa. Ahora  
inferid lo que os parezca.  
Isabel os quiere bien;  
pero Patillas lo enreda

a veces y...

LEONARDO

Sí, su madre  
es tal que podrá vencerla;  
y hará que me olvide, hará  
que a su pesar la obedezca...  
¡A su pesar!... Pero, ¿quién  
me asegura su firmeza?  
¿Quién sabe si, ya olvidada  
del que la quiso de veras,  
a un hombre desconocido  
dará su mano contenta?...  
Adiós... Pero tú, que sabes  
cuanto mi amor interesa,  
haz que yo la pueda hablar;  
dila el afán que me cuesta...  
Dila, en fin, que no hay amante,  
por más infeliz que sea,  
que si no merece afectos,  
desengaños no merezca.  
¡Pobrecillo! Mucho temo  
que el tal Barón te la juega.  
Y al cabo de tantos años  
de ilusiones lisonjeras,  
tantos suspiros perdidos,  
tanto rondar a la puerta,  
tus proyectos amorosos  
en esperanzas se quedan.  
¿Y esto es amar? Esto es  
vivir remando en galeras.

FERMINA

TÍA MÓNICA

Fermina, ¿diste el recado  
de que mi hermano viniera  
al instante?

FERMINA

Sí, señora.

TÍA MÓNICA

Mucho tarda.

FERMINA

Si es un pelma.

TÍA MÓNICA Y es para una cosa urgente.

FERMINA ¿Para qué?

TÍA MÓNICA ¡Cierto que es buena la curiosidad!

FERMINA ¡Señora!  
¿Pues a qué santo es la fiesta?  
¡No es cosa! ¡La paletina,  
la saya rica, las vueltas  
de corales!...

TÍA MÓNICA Calla, loca.

FERMINA ¡Válgame Dios! Si lo viera el difunto.

TÍA MÓNICA ¿Qué difunto?

FERMINA El que está comiendo tierra.

TÍA MÓNICA ¿Quién?

FERMINA Mi señor, que en su vida pudo lograr que os pusierais una cinta, y os llamaba desastrada, floja y puerca, andrajosa, y...

TÍA MÓNICA Si no callas he de romperte las piernas, habladora.

FERMINA Yo...

TÍA MÓNICA Bribona.

FERMINA Si...

TÍA MÓNICA ¿Qué palabras son esas?...

FERMINA Señora, si él lo decía, y los vecinos se acuerdan...

¡Válgame Dios, que yo no  
lo saco de mi cabeza!  
Por cierto que muchas veces  
daba unas voces tremendas,  
que alborotaba la casa;  
y os llamaba majadera...

TÍA MÓNICA

Calla.

FERMINA

Y...

TÍA MÓNICA

Calla.

FERMINA

Bien está.

DON PEDRO

Hola, ¿quién riñe?

TÍA MÓNICA

Es con esta  
picudilla.

FERMINA

Mi señora  
me pone de vuelta y media  
porque digo la verdad,  
y porque...

TÍA MÓNICA

Vete allá fuera.

FERMINA

Porque digo que mi amo...

TÍA MÓNICA

Vete.

FERMINA

Ya me voy.

TÍA MÓNICA

No vuelvas  
sin que te llame; y cuidado,  
no te plantes a la reja.

DON PEDRO

Con que, mi señora hermana,  
asunto de consecuencia  
debe de ser el que ocurre.

Yo, como sé tus vivezas,  
no me he dado mucha prisa (Sentándose.)  
a venir; pero se enmienda  
todo con haber venido.  
Vaya pues.

TÍA MÓNICA

Sólo quisiera

que me dieras unos cuartos.

DON PEDRO

¿Para qué?

TÍA MÓNICA

Para una urgencia.

DON PEDRO

¿Urgencias tú?... Bien está.  
¿Cómo, cuánto?

TÍA MÓNICA

Si tuvieras  
cien doblones.

DON PEDRO

Sí los tengo;  
pero ajusta bien la cuenta,  
que se acabará el dinero  
a pocas libranzas de esas.  
Doce mil reales me diste,  
si la mitad se cercena  
quedan seis mil, nada más.

TÍA MÓNICA

Ya lo sé.

DON PEDRO

Pues bien, receta;  
ello es tuyo, si lo quieres  
todo, allá te las avengas.

TÍA MÓNICA

No, todo no, cien doblones  
me darás.

DON PEDRO

¿Con que hay urgencias?

TÍA MÓNICA

Sí señor, lo necesito,  
y no quiero darte cuentas  
de cómo, y cuándo, y por qué.

DON PEDRO

Pues yo tengo mis sospechas  
de que tú quieres decirlo.

TÍA MÓNICA

¿Decirlo yo? No lo creas.

DON PEDRO

¿No? Pues bien, no hablemos ya  
del asunto.

TÍA MÓNICA

¡Bueno fuera  
que siendo el dinero mío  
cada vez que se me ofrezca  
gastar algo, te pidiese  
el dinero y la licencia!

DON PEDRO

No dices mal.

TÍA MÓNICA

Pues, tú quieres  
tenernos como en tutela.  
¡Buena aprensión!

DON PEDRO

Sí, por cierto;  
y a fe que es mala incumbencia  
querer mandar a una viuda,  
tan verde y tan peritiesa,  
con paletina y brial.

TÍA MÓNICA

¿No podré, cuando yo quiera,  
ponerme mi ropa?

DON PEDRO

Sí;  
pero me admiro de verla  
salir a lucirlo, al cabo  
de medio siglo que lleva  
de cofre.

TÍA MÓNICA

Ya que lo tengo,  
quiero gastarlo.

DON PEDRO

Es muy cuerda  
resolución; tanto más  
que convienen la decencia  
y el adorno a una señora  
en cuya casa se hospeda  
todo un Barón.

TÍA MÓNICA

Es verdad,  
ya entiendo tus indirectas.  
Sí señor, le tengo en casa,  
ni un solo ochavo le cuesta  
comer y dormir aquí.  
Le regalo, y le quisiera  
regalar con tal primor,  
que en vez de sufrir molestias,  
no echara menos su casa,  
su fausto y sus opulencias.

DON PEDRO

¡Sus opulencias!... ¡El pobre  
Barón!... Y ¿qué mala estrella  
redujo a su señoría  
a ser vecino de Illescas?  
¿De qué enfermedad murieron  
sus lacayos? ¿En qué cuesta  
se rompió el coche, y cayeron  
la Chispa y la Vandolera?  
¿Qué gitanos le murciaron  
el bagaje? ¿Qué miserias  
son las tuyas, que se vino  
sin sombrero y sin calcetas?  
¿No podrás satisfacerme  
a estas dudas?

TÍA MÓNICA

No tuviera  
la menor dificultad.

DON PEDRO

Pero, en efecto, ¿me dejas  
en la misma confusión?

TÍA MÓNICA

Sí; piensa de él lo que quieras,  
nada importa.

DON PEDRO

Y, en efecto,  
hermana, hablando de veras,  
¿es un caballero ilustre?

TÍA MÓNICA

De la primera nobleza  
de España, muy estimado

en las cortes extranjeras,  
primo de todos los duques.

DON PEDRO

¡Oiga!

TÍA MÓNICA

Y es, por línea recta,  
nieta de no sé que rey.

DON PEDRO

¡No es cosa la parentela!

TÍA MÓNICA

Si le trataras, verías  
qué conversación tan bella  
tiene, qué cortés, qué afable,  
qué expresivo con cualquiera,  
y qué desinteresado.

DON PEDRO

Eso la sangre lo lleva.

TÍA MÓNICA

Pero el pobre caballero,  
¡válgame Dios!, cuando cuenta  
sus desgracias...

DON PEDRO

¿Qué desgracias?

TÍA MÓNICA

Hará llorar a las piedras.  
Ha sido gobernador,  
yo no sé si de Ginebra...  
Ello es en Indias; y un conde,  
hermano de una duquesa,  
cuñada de un primo suyo,  
el picarón, mala lengua,  
le ha puesto en mal con el rey.

DON PEDRO

¡Haya bribón!

TÍA MÓNICA

Y por esta  
calumnia se ve obligado  
a disfrazar su grandeza  
y andar de aquí para allí;  
pero, Dios querrá, que venga  
a saberse la verdad,  
y entonces... ¡Pero, si vieras

cuanto favor le merezco  
al buen señor! Él me enseña  
todas sus cartas y algunas  
que vienen en otras lenguas,  
de Francia y de más allá  
de Francia, para que sepa  
lo que dicen, las explica  
en español todas ellas.  
¡Pero, qué cosas le escriben!

DON PEDRO

¿Qué cosas?

TÍA MÓNICA

Cosas muy buenas.

DON PEDRO

Ya.

TÍA MÓNICA

Le dicen que se vaya  
a Londres, o a Inglaterra,  
que el rey de allí le dará  
mucho dinero y haciendas...  
Pero él no quiere salir  
de España.

DON PEDRO

Pues no lo acierta.

¿Por qué no se va al instante  
a tomar esas monedas?  
¿Qué puede esperar? ¿Que un día,  
ahí en una callejuela,  
le conozcan, se le lleven,  
y le corten la cabeza  
por una equivocación?

TÍA MÓNICA

No, que según las postreras  
noticias, van sus asuntos  
de mejor semblante, y piensa,  
dentro de poco, poner  
tan en claro su inocencia,  
que al que levantó el embuste  
quizás le echarán a Ceuta.

DON PEDRO

Eso es natural... Y, dime,  
hablando de otra materia

que nos interesa más,  
y conviene tratar de ella.  
¿Qué tenemos de tu hija?

TÍA MÓNICA

Nada.

DON PEDRO

¿Nada? ¿Estás dispuesta  
a casarla con Leonardo?  
Lo supongo.

TÍA MÓNICA

No, no es esa  
mi intención.

DON PEDRO

¡Calle! Y ¿por qué,  
se ha mudado la veleta?

TÍA MÓNICA

Porque sí.

DON PEDRO

Ya, ¿con que quieres  
hacerla morir doncella?

TÍA MÓNICA

¿Qué prisa corre el casarla?

DON PEDRO

¡Oiga! ¡No es mala la idea!  
¿Qué prisa corre? ¡Ahí es nada!  
Tú, hermana, ya no te acuerdas  
de cuando tuviste quince.  
¡Qué prisa corre! Es muy buena  
la especie, por vida mía.

TÍA MÓNICA

Digo bien.

DON PEDRO

Vamos, ya empiezas  
a delirar, y estas cosas  
piden discurso y prudencia.  
Es menester que se case.

TÍA MÓNICA

Pues yo no quiero que sea  
con un pelgar, infeliz.

DON PEDRO

Muy bien, pero considera  
que casándose a mi gusto  
es suyo cuanto yo tenga.  
Que Leonardo es un muchacho

de talento y buenas prendas;  
que en Madrid le dio su tío  
una educación perfecta,  
y cuando llegó a faltarle,  
(renunciando a las ideas  
de ambición, considerando  
que el producto de su hacienda  
bien cuidada, y sobre todo  
su moderación, pudieran  
hacerle vivir feliz)  
vino, reclamó la oferta  
que le hiciste de casarle  
con Isabel... Lo desean  
entrambos; todo el lugar  
su esperada unión celebra,  
tú lo has prometido, y...

TÍA MÓNICA

Sí;

pero las cosas se piensan  
mejor, y... vamos... Yo sé  
lo que he de hacer, no me vengas  
a predicar.

DON PEDRO

Eso no.

Tú harás lo que te parezca;  
pero, mira que es tu hija.  
No la oprimas, no la tuerzas  
la voluntad, ni presumas  
que con gritos y violencia  
has de extinguir en un día  
una inclinación honesta,  
que el trato y el tiempo hicieron  
inalterable.

TÍA MÓNICA

No temas  
nada... Yo me entiendo.

DON PEDRO

Adiós.

TÍA MÓNICA

Anda con Dios.

DON PEDRO

(**Aparte.**) ¡Qué cabeza!  
Voy a contar los seis mil  
y haré que el muchacho venga  
conmigo para traerlos.  
A más ver.

TÍA MÓNICA

¡Qué mosca lleva!

BARÓN

Señora, muy buenas tardes.

TÍA MÓNICA

Estoy a vuestra obediencia,  
señor Barón.

BARÓN

Hoy ha sido  
mucho más larga la siesta.

TÍA MÓNICA

¡Qué! No señor... A las tres  
ya estaba haciendo calceta.  
Mi alcoba es un chicharrero...  
Y la calor la desvela  
a una, de modo que...

BARÓN

Cierto.  
Aquí faltan unas piezas  
de verano... Ya se ve,  
¡Estas casas tan mal hechas!  
¿Estuvisteis mucho tiempo  
en Madrid?

TÍA MÓNICA

Muy poco; apenas  
estuve un mes.

BARÓN

De ese modo (**Paseándose.**)  
es casualidad que vierais  
mi casa.

TÍA MÓNICA

¿En qué calle está?

BARÓN

Es un caserón de piedra  
disforme.

TÍA MÓNICA

¿En qué calle?

BARÓN

Y tengo

pensado, luego que vuelva,  
echarle al suelo.

TÍA MÓNICA

¿Por qué?

BARÓN

Para hacerle a la moderna.

TÍA MÓNICA

Será lástima.

BARÓN

No tal;

además que se aprovechan  
todos los jaspes, y al cabo  
por mucho, mucho, que pueda  
gastarse, vendrá a costar  
tres millones... y aún no llega.

TÍA MÓNICA

¿Y hacia adonde está?

BARÓN

He pensado

reducirle cuanto sea  
posible; y según los planos  
que me vinieron de Antuerpia,  
queda más chico y mejor.  
Una columna abierta,  
circular, y en el ingreso  
esfinges, grupos y verjas.  
Gran fachada, escalinata  
magnífica, cinco puertas,  
peristilo egipcio... Y dentro  
su jardín con arboledas,  
invernáculos, estanques,  
cascada, gruta de fieras,  
saltadores, laberinto,  
aras, cenotafios, bellas  
estatuas, templos, ruinas...  
En fin, cuatro frioleras  
de gusto... Y sobre la altura  
del monte que señorea  
el jardín, un belveder  
de mármoles de Florencia,

con bóvedas de cristal,  
en medio de una plazuela  
de naranjos del Perú.

TÍA MÓNICA

¡Válgame Dios, qué grandeza!

BARÓN

Todo es vuestro; allí estaréis  
servida como una reina.  
Mi palacio, mis sorbetes;  
mis papagayos, mi mesa,  
mis carrozas de marfil  
con muelles a la chinesca,  
todo es para vos.

TÍA MÓNICA

Señor,  
tanto favor me avergüenza.

BARÓN

Más merecéis, más os debo,  
que habéis sido en mi deshecha  
fortuna el iris de paz,  
y es justo que a tanta deuda  
corresponda... Mas, decidme,  
(que entre los dos la reserva  
y el misterio no están bien)  
un joven que nos pasea  
la calle, y atentamente  
nuestras ventanas observa.  
¿Quién puede ser? Él es nuevo  
en el lugar.

TÍA MÓNICA

De manera,  
señor Barón, que...

BARÓN

Esta noche...  
No sé si estabais despierta...  
Ello era tarde, sonó  
una cítara, y con ella  
un romance de Gazul,  
cierto moro que se queja  
de que su mora, por otro  
nuevo galán le desdeña.  
¿No me diréis...?

TÍA MÓNICA

Sí señor...  
¡Válgame Dios! Yo estoy muerta.  
Por más que procuro... (**Aparte.**)

BARÓN

En fin,  
¿podré yo saber quién sea?

TÍA MÓNICA

Sí señor, sí... Ya se ve,  
como él es de aquí.

BARÓN

¿De Illescas?

TÍA MÓNICA

Sí señor, y ha vuelto ahora  
de Toledo... Pero ella...  
No señor... nunca...

BARÓN

Ya estoy.

TÍA MÓNICA

Él es un tonto, y se empeña  
en que... ¡Vaya! Lo primero  
que la diré, cuando vuelva,  
cuidado, no ha de ponerme  
los pies en casa.

BARÓN

¡Discreta  
prevención! Si Isabelita  
no le quiere, que no venga.

TÍA MÓNICA

¡Qué ha de querer! No señor,  
nada de eso. ¿Pues no fuera  
un disparate?... No digo  
que la muchacha merezca  
un marqués...

BARÓN

¡Merece tanto,  
Doña Mónica!... Es muy bella,  
muy amable... Ved que es mucho,  
mucho, lo que me interesa  
su felicidad... Adiós,  
que aún no es tiempo de que os deba  
decir más. Llegará el día

de mi fortuna y la vuestra.

**(Asiéndola de la mano y apretándosela con expresión de cariño.)**

TÍA MÓNICA

No hay que dudar, él está

**(Se pasea con inquietud, interrumpe o acelera el discurso, según lo indican los versos.)**

perdido de amor por ella,  
es claro, es claro... ¡Y el otro  
picaruelo!... Como vuelva,  
ni de noche, ni de día,  
a hacernos la centinela  
yo le aseguro... ¡Qué dicha!  
¿Pero, quién me lo dijera  
dos meses ha? ¿Quién? Y ahora,  
las señoronas de Illescas,  
las hidalgotas, que son  
más vanas, y... ya me llega  
mi tiempo a mí... ¡Presumidas!  
Rabiarán cuando lo sepan.  
Fermina.

FERMINA

Señora.

TÍA MÓNICA

¿En dónde  
está Isabel?

FERMINA

En la pieza  
de comer.

TÍA MÓNICA

¿Sola?

FERMINA

Solita.

TÍA MÓNICA

¿Y qué hace allí?

FERMINA

Se pasea  
de un lado al otro, suspira,  
llora un poquito, se sienta,  
se queda suspensa un rato,  
se pone a coser, lo deja,  
vuelve a llorar...

TÍA MÓNICA

¿Y a qué es eso?

FERMINA

A que no está muy contenta.

TÍA MÓNICA

¿Por qué?

FERMINA

Porque... Yo no sé  
porque... Locuras, rarezas,  
juventudes.

TÍA MÓNICA

¿Con que tú  
no sabes de qué procedan  
esa inquietud y esos lloros?

FERMINA

Yo sí.

TÍA MÓNICA

Pues dilo, ¿qué esperas?

FERMINA

Que me prometáis oírme  
con mucho amor.

TÍA MÓNICA

No me tengas  
impaciente.

FERMINA

Que si digo  
alguna cosa que escueza,  
no me pongáis como un trapo...

TÍA MÓNICA

Vamos.

FERMINA

Que no haya quimeras  
y...

TÍA MÓNICA

Despacha.

FERMINA

Y venga yo  
a pagar culpas ajenas.

TÍA MÓNICA

¿Has acabado?

FERMINA

Ya empiezo,  
puesto que me dais licencia.  
El mal que tiene es amor;

y ya que explicarme deba  
claramente, vos tenéis  
la culpa de su dolencia.

TÍA MÓNICA

¿Yo?

FERMINA

Sí, señora; Leonardo...

TÍA MÓNICA

No me le nombres, no quieras  
que me irrite.

FERMINA

Bien está;  
si os enfada, no se vuelva  
a mentar. Aquel mocito,  
hijo de Doña Manuela,  
que en otro tiempo os debió  
mil cariños y finezas;  
aquel, como ya se ve,  
tiene bonita presencia,  
es halagüeño y cortés,  
y sabe explicar sus penas,  
prendó a la niña... Esto es cosa  
muy regular y muy puesta  
en razón, y el que lo extrañe  
poco entiende la materia.  
¡Ahí es nada! Juventud,  
discreción, obsequio, prendas  
estimables, juramentos  
de amor y constancia eterna;  
y esto ¿no ha de enamorar?  
¿Pues, digo, somos de piedra?  
Después...

TÍA MÓNICA

No me digas más.

FERMINA

Callaré como una muerta;  
y si los demás callaran  
también; pero, sí, ya es buena  
la gente de este lugar.

TÍA MÓNICA

¿Pues qué?

FERMINA

Nada.

TÍA MÓNICA

No me vengas  
con misterios.

FERMINA

Como hay tantos  
bribones, malas cabezas,  
dicen que... Pero, chitón.  
No quiero ser picotera.

TÍA MÓNICA

¿Qué dicen?

FERMINA

Esta mañana,  
ahí al lado de la iglesia  
cierto conocido vuestro...  
El nombre nada interesa  
para el caso. Me llamó,  
y me dijo: picaruela,  
que no nos has dicho nada...

TÍA MÓNICA

¿A qué vienes tú? ¡No es buena  
la gracia! Sin que te llamen  
ya te he dicho que no vengas.  
¿Lo entiendes?

PASCUAL

Muy bien está.

TÍA MÓNICA

Para eso tienes la pieza  
de los perros.

PASCUAL

Bien está.

TÍA MÓNICA

Y que nunca te suceda  
subir cuando yo esté hablando  
con alguien, cuenta con ella.

PASCUAL

Bien está.

TÍA MÓNICA

¡No es mala maña!

PASCUAL

Bien, yo, como...

TÍA MÓNICA

Oyes, ¿qué llevas?

PASCUAL

Un rebujo.

TÍA MÓNICA

¿Qué?

PASCUAL

Un papel.

TÍA MÓNICA

Pero quien... Llámale, lerda.  
¿Qué es eso?

PASCUAL

Es un cucurucho  
de papel.

TÍA MÓNICA

¡Mira que flema!  
A ver.

PASCUAL

Me voy con los perros.

TÍA MÓNICA

Yo he de perder la paciencia.  
¿No te le ha dado mi hermano?

PASCUAL

Sí, señora.

TÍA MÓNICA

¿Pues, qué esperas?  
Dámele acá, y vete.

PASCUAL

Siempre  
se enfada, cuando...

TÍA MÓNICA

¿Qué rezas?

PASCUAL

Cuando... Si por más que uno  
quiere... nada, nunca acierta.

TÍA MÓNICA

Prosigue.

FERMINA

Pues me decía,  
¿conque la boda está hecha  
de El Barón y Isabelita?  
Yo, señor, de esa materia  
no sé nada, dije yo.  
¡Que no sabes a tu abuela!  
Tú callas, porque conoces  
el disparate que piensa  
tu señora; pero ya

por todo el lugar se suena.  
Todos dicen que a su hija  
la esclaviza, la violenta  
llevada del interés.  
¿De dónde la vino a ella,  
la locona, emparentar  
con marqueses, ni princesas?  
¿De dónde? ¿No han sido siempre  
en toda su parentela,  
alta y baja, labradores?  
¿Pues qué más quiere? ¿Qué intenta?  
¿Por qué no casa a Isabel  
con un hombre de su esfera,  
que la pueda mantener  
con estimación, que sea  
hombre de bien, que el honor  
vale por muchas grandezas,  
y no entregarla a un bribón,  
que nadie sabe en Illescas  
quien es, ni de donde vino,  
ni a dónde va, ni qué espera?  
¡Galopín, que ha de ser él  
Barón como yo Abadesa!  
¡Desarrapado! Que vino  
sin calzones y sin medias,  
y heredero de tu amo,  
con poquísima vergüenza,  
de galas que no son tuyas  
adornado se presenta  
por el pueblo. ¡Badulaque!  
¡Ay! ¡Si alzara la cabeza  
el que pudre, y en su casa  
tantos desórdenes viera!  
¡Pobrecito! No murió  
de gota, murió de aquella  
maldita mujer que fue  
su purgatorio en la tierra,  
ridícula, fastidiosa,  
atronada, tonta y vieja..

TÍA MÓNICA

Vamos, calla, bueno está,

y que digan lo que quieran,  
**(Paseándose con inquietud.)**  
eso es envidia y no más.

FERMINA

**(Aparte.)** ¡No has llevado mala felpa!  
Ya se ve, todo es envidia.

TÍA MÓNICA

Yo haré lo que me parezca.

FERMINA

Ya se ve.

TÍA MÓNICA

No necesito  
que ninguno de ellos venga  
a gobernarme.

FERMINA

Seguro.

TÍA MÓNICA

Si están que se desesperan,  
los picarones... En fin,  
querrá Dios que yo los vea  
confundidos, que me aparte  
de ellos, y que nunca vuelva  
a este maldito lugar.

FERMINA

¿Sí? ¡Válgame Dios, qué buena  
determinación, señora!  
¿Y a dónde iremos?

TÍA MÓNICA

¡Qué necia  
eres! A Madrid.

FERMINA

¡Qué gusto!  
A Madrid... ¿Con que, de veras,  
a Madrid? ¿Con El Barón?

TÍA MÓNICA

Pues ya se ve.

FERMINA

¡Qué contenta  
se pondrá la señorita!  
¡Qué felicidad la nuestra!  
¡A Madrid! **(Aparte.)** Pobre Isabel,  
ya está dada tu sentencia.

El Barón, señora.

TÍA MÓNICA

Vete...

TÍA MÓNICA

¡Ah! mira: sacude aquella  
Vaya, me alegro. ¿Qué nuevas  
tenemos? ¿No respondéis?  
¡Ay, señor!

BARÓN

¡Cómo se mezclan  
entre las mayores dichas,  
los cuidados y las penas!  
Aquel sujeto, de quien  
os dije veces diversas,  
que va a Madrid disfrazado,  
y allí examina y observa,  
ve a mis gentes, y conduce  
toda la correspondencia;  
ya llegó.

TÍA MÓNICA

¿Sí? ¿Y ha traído  
alguna noticia buena?

BARÓN

Esa es carta de mi hermana.  
Si queréis, podéis leerla.

TÍA MÓNICA

¡Válgame Dios, qué fortuna!

Os doy mil enhorabuenas.  
Gracias a Dios.

BARÓN

¡Ay, señora!

TÍA MÓNICA

¿Qué pesadumbre os aqueja,  
en tanta felicidad?

BARÓN

La mayor, la más funesta  
para mí... Ved esa carta  
y hallaréis mi muerte en ella.

TÍA MÓNICA

¿Conque según esto?

BARÓN

¿Veis

**(Toma el papel, y se lo guarda con los demás.)**

cómo se tratan y acuerdan  
entre los grandes señores  
cosas de tal consecuencia?  
Porque lleva en dote cinco  
villas y catorce aldeas,  
porque es única, y porque  
nuestro sucesor pudiera  
añadir a mis castillos  
de plata, y mis bandas negras,  
dos águilas, siete grifos  
verdes y nueve culebras;  
¡Por eso yo he de perder  
mi libertad!... Si pudiera  
resolver... ¿Y por qué no?  
Piense lo que le parezca,  
el de Siracusa, y diga  
el senescal lo que quiera;  
mi elección es libre... Pero,  
¿qué he de hacer en tan estrecha  
situación? En un lugar  
miserable... Ni hay quien tenga  
comercio, ni hay corredores,  
ni se pueden girar letras,  
ni... ¡Vaya, es cosa perdida...!  
Si a lo menos conocieran  
mi firma, yo libraría  
sobre Esmirna o Filadelfia  
diez mil rixdalers, y entonces...

TÍA MÓNICA

¿Y entonces?

BARÓN

Yo resolviera.

Yo evitara que me hallasen  
aquí; dejara dispuestas  
las cosas, me marcharía  
con la mayor diligencia  
a Montepino, que dista  
unas diez y siete leguas.

Ibais allá, y un domingo  
en mi capilla secreta  
nos desposábamos.

TÍA MÓNICA

¿Quién?

BARÓN

¿Pues, no adivinas quién sea  
el objeto de mi amor?  
Isabel.

TÍA MÓNICA

¡Señor!...

BARÓN

Por ella  
todo lo despreciaré.

TÍA MÓNICA

Permitid.

BARÓN

¿Qué hacéis?

TÍA MÓNICA

Quisiera

hablar, y no puedo hablar,  
porque es tanta la sorpresa  
y el gozo... ¡Bendito Dios!

BARÓN

No os admire la violencia  
de mi pasión. Tanto pueden  
la hermosura y la modestia.  
Pero, ¿ha llegado a entender  
Isabel, cuanto la aprecia  
su huésped? ¿Ha conocido  
cuanto su favor desea?  
¿Sabe acaso...?

TÍA MÓNICA

Ella, Señor,  
no tiene pizca de lerda,  
y aunque nunca lo haya dicho,  
sino, así, por indirectas...  
Ya se ve, no era posible  
menos, sino que advirtiera  
grande inclinación en vos.

BARÓN

¿Y vuestro hermano qué piensa  
de mí? ¿Qué dice? ¿Ha sabido

algo?

TÍA MÓNICA

A lo menos sospecha  
mucho, porque es malicioso...  
¡Vaya!... Pero no hay quien pueda  
contar con él para nada;  
siempre estamos de contienda,  
y, ya lo veis, es muy rara  
la vez que pisa mis puertas.  
Hombre extravagante, y...

BARÓN

Pero,  
es vuestro hermano, y no fuera  
justo pasar adelante  
en ello, sin darle cuenta.  
Además que yo conservo  
una especie... y no debierais  
olvidarla vos. Me acuerdo  
que una vez, hablando en estas  
cosas, dijisteis: que quiere  
mucho a Isabelita, piensa  
darla en dote... ¿Cuánto?

TÍA MÓNICA

Puede  
darla mucho, si él quisiera.  
¡Oh! si...

BARÓN

¿Pues, qué? ¿No querrá?

TÍA MÓNICA

Si es muy bruto.

BARÓN

Eso me llena  
de admiración. ¿No querrá?  
Pues cuando Isabel no muestra  
repugnancia, cuando vos  
entráis en ello contenta,  
¡Cuando quiero yo!

TÍA MÓNICA

Señor  
no os alteréis, son rarezas;

cosas tuyas.

BARÓN

Pues, no importa,  
es menester lo sepa.

TÍA MÓNICA

Inútil será.

BARÓN.

¿Por qué?  
Conviene que yo le vea,  
yo le hablaré.

TÍA MÓNICA

Bien está;  
pero no esperéis que ceda.  
Es muy cabezudo.

BARÓN

Y cuando  
ese temor nos detenga,  
¿Qué os parece que podemos  
hacer? Suponed que llega  
mi tren; que se llena el pueblo  
de látigos y libreas;  
que mi primo el archiduque,  
no habrá remedio, me lleva  
a la corte... ¿Y Isabel?  
¿Y mi amor?... ¿Cuando se encuentra  
un gran señor sin dinero,  
que chiquito que se queda!  
¡Maldito dinero! Amén.

TÍA MÓNICA

Si para la fuga vuestra  
bastaran... Ello es tan poco  
que casi me da vergüenza  
ofrecéroslo. Aquí tengo  
cien doblones, si os sirvieran...

BARÓN

A verlos... ¿Y en oro? Bien...  
Muy bien... Iré como pueda.  
En una mula... Al instante  
doy allá mis providencias  
para que mi mayordomo

traiga un coche, que se queda  
en la ermita, y llegará  
cuando todo el mundo duerma.  
Viene, os avisa, estaréis  
prevenidas, de manera  
que salís de aquí a las dos  
de la noche, con la fresca.  
Y reventando seis tiros  
estáis a las ocho y media  
en Montepino. Nos dice  
una misa muy ligera  
mi capellán, nos desposa,  
y si es menester nos vela,  
y a las diez ya sois mi madre.

TÍA MÓNICA

Pero, señor...

BARÓN

¿Qué os inquieta?

TÍA MÓNICA

Nada... ¿Es un sueño?

BARÓN

Conviene

que dispongáis cuanto sea  
necesario. Por mi parte  
no omitiré diligencia...  
Y, adiós.

TÍA MÓNICA

Bien está...

**(Aparte, al tiempo de irse)** No sé  
lo que me pasa. Estoy fuera  
de mí... Loca, loca... y tiemblo  
toda, de pies a cabeza.

BARÓN

Cansado estoy de mentir **(Paseándose.)**  
por más que diga esta vieja...  
Sí, yo he de verle... Si al cabo  
ha de darla el dote, venga,  
que estoy de prisa... Se toman  
los cuartos y, adiós Illescas,  
adiós tontos, que me voy  
a donde jamás os vea.  
Sí... ¡Caramba!... Y este nuevo

amante, que nos acecha,  
no me gusta, no.

FERMINA

¡Pascual!

BARÓN

¡Oiga! ¿Qué galas son esas?

FERMINA

Son vestidos de mi ama,  
que con suma ligereza  
se han de achicar, alargar,  
aforrar, tapar troneras,  
guarnecer, desfigurar,  
de tal modo que parezcan  
nuevecitos... y empeñada  
su merced en que lo hiciera  
yo... ¡Buena droga! ¿Pues, qué,  
no hay sastres? ¡Cómo receta!

BARÓN

¡Pobre Fermina!

FERMINA

**(Llama.)** Pascual.  
¡Eh! Se estará en la bodega  
estudiando a Carlo Magno.  
Pascual. **(Llama.)**

BARÓN

Le diré que venga.

FERMINA

No, señor, yo.

BARÓN

Si voy  
a salir, nada me cuesta  
decírselo.

FERMINA

Muchas gracias.

BARÓN

Dime, Pascual; ¿será esta  
buena ocasión para ver  
a Don Pedro?

PASCUAL

De manera  
que como suele acostarse

después de cenar, y cena  
unas veces tarde, y otras  
presto, y otras... Ello, buena  
hora es de verle.

BARÓN

¿Sí?

PASCUAL

Digo,  
como él esté ya de vuelta  
en su casa, entonces... Pero  
si no ha vuelto; de por fuerza  
él...

BARÓN

Ya estoy.

PASCUAL

De juro...

BARÓN

Adiós.

¡Famosas explicaderas!

PASCUAL

¿Me llamabas?

FERMINA

Sí; al instante,  
aprisa, de una carrera,  
has de ir a casa del sastre.

PASCUAL

Allá voy.

FERMINA

Oyes, badea.  
Si no te he dicho el recado  
que le has de dar ¿a qué es esa  
locura?

PASCUAL

A que no me digan  
que soy sasonazo y pelma.

FERMINA

Dile que venga al instante,  
al instante, que le espera  
el ama. ¿Lo entiendes?

PASCUAL

Sí.

FERMINA

Pues anda, y mueve esas piernas.

ISABEL

Fermina, Leonardo viene,  
le he visto desde la reja,  
y va a subir. Quiero hablarle;  
quizá por la vez postrera.  
Mi madre, que está rezando  
en su cuarto, nos franquea  
la ocasión. Tú... sí, Fermina,  
débate yo la fineza,  
si me quieres bien... En ese  
pasillo estarás, y observa  
si sale mi madre o llama,  
o alguno viene de afuera,  
y avísame, no nos hallen  
juntos, y todo se pierda.  
¿Lo harás por mí?... Pero, él viene...  
Amiga, no te detengas,  
Adiós.

FERMINA

Voy allá.

LEONARDO

Isabel.

ISABEL

¡Leonardo, quién lo dijera!...  
¡Leonardo!

LEONARDO

¿Y quién, al dejarte  
tan cariñosa y tan tierna,  
debió temer que hallaría  
tantos males a su vuelta?  
¡Este breve tiempo ha sido  
bastante!...

ISABEL

¡Fatal ausencia  
la tuya!

LEONARDO

En fin, sepa yo

de una vez cuál es mi pena,  
cuál es mi suerte... Disipa  
las dudas que me atormentan.  
¿Dime si puede ser cierto  
lo que ya todos recelan...,  
si esas lágrimas me anuncian  
amor, si debo creerlas?

ISABEL

Leonardo, no es ocasión  
de que los instantes pierdas,  
burlándote de mi fe  
con dudas, que son ofensas.  
No es ocasión. Si lo fuese  
mucho decirte pudiera,  
pero ¡donde el tiempo falta  
están por demás las quejas!  
Yo te he querido, y te quiero...  
Sabe Dios cuánta violencia  
padezco al decirlo, y cuánto  
sufre una mujer honesta,  
si lo que debe al silencio  
tiene que decir la lengua.  
Te quiero... y voy a perderte.

LEONARDO

¿Eso dices?... ¿Nada esperas  
de mí?

ISABEL

Si lo que hasta ahora  
fue temor, ya es evidencia.  
Si mi madre al escuchar  
tu nombre, toda se altera,  
si no quiere que atraveses  
los umbrales de mis puertas,  
si manda que sus criados  
ni aun te saluden siquiera,  
y... ¿Pero qué más? Si ahora  
acaba de darme cuenta  
de ese enlace aborrecido...  
¡Mísera yo!

LEONARDO

Nada temas.

ISABEL

Y ha de ser pronto, según  
pude alcanzar... Está ciega,  
fuera de sí... ¿Qué podemos  
hacer? ¿Qué esperanza resta?

LEONARDO

Pero, Isabel, dueño mío.  
¡Qué extraño dolor te aqueja!  
¿Tú infeliz, viviendo yo?...  
No así de temores llena  
me quites todo el valor;  
que mal tenerle pudiera  
viéndote desconsolada  
en triste llanto deshecha.  
Veré a tu madre, y si tienen  
las pasiones elocuencia,  
yo la sabré reducir,  
o cuando burladas viera  
mis esperanzas, amor  
muchos ardides inventa,  
y nada me detendrá  
como tú, Isabel, me quieras.

ISABEL

¿Resuelves hablarla?

LEONARDO

Sí.

ISABEL

¿Qué has de decirle que sea  
bastante al fin que procuras?

LEONARDO

¿Qué la diré? Que si piensa  
hacerte infeliz, venderte  
a una soñada opulencia,  
dar tu mano a un impostor,  
faltar a tantas promesas,  
perderme, burlarme a mí...  
Cosa difícil intenta.  
La diré que tú eres mía;  
que al bárbaro que pretenda  
privarme de ti, rompiendo  
los nudos que amor estrecha,  
sangre ha de costarle y muerte.  
Si a tanto aspira, prevenga

el pecho a mi espada, y juzgue  
que para usurpar la prenda  
de mi cariño, no basta  
que engañe, seduzca y mienta;  
debe lidiar y vencer.  
Tú serás la recompensa  
del valor, ya que tu llanto  
y tu elección se desprecian;  
y el más infeliz, al golpe  
de su enemigo perezca.

ISABEL

¿Eso has de hacer?

LEONARDO

O dejar  
que en solo un punto se pierdan  
tantos años de esperanzas,  
tan bien pagadas finezas,  
tan puro amor... Pero, no,  
no los instantes que vuelan  
se malogren.... Voy a hablarla.  
Adiós... La desgracia nuestra,  
resolución, osadía  
pide, no cobardes quejas.

ISABEL

Todo es en vano. La vas  
a irritar; no a convencerla.

LEONARDO

Sí, cederá.

ISABEL

Mal conoces  
su obstinación.

LEONARDO

Cuando sea  
tanta, y este medio falte;  
otros, eficaces, quedan.

ISABEL

¡Duros, sangrientos!

LEONARDO

Quien ama  
como yo, todo lo intenta.  
Es mucho lo que me importa,  
para que vacile y tema;  
vale mucho mi Isabel

para exponerme a perderla.

ISABEL

Leonardo, mi bien.... No sé  
que decir.... Haz lo que quieras.  
En tal peligro, tú solo  
sabes lo que más convenga;  
yo, ¡infeliz! ¿Qué he de saber?  
Llorar... Adiós: Él te vuelva  
más venturoso a mi vista,  
y este afán alivio tenga.

LEONARDO

Siempre fue de los osados  
la fortuna compañera;  
el cobarde, que la teme,  
siempre la ha tenido adversa.

EL BARÓN

¡Válgate Dios por el hombre!  
Cuando no nos hace falta,  
a las cuatro de la tarde  
está metido en la cama;  
y hoy, que me interesa el verle,  
no parece por su casa.  
¡Oh, si a cuenta de la dote  
quisiera dar unas cuantas  
onzas!... ¡Gran golpe!... Es verdad  
que el tal abuelito es caña,  
muy socarrón...

LEONARDO

Qué mujer,  
¡Qué carácter, qué ignorancia...  
qué insensible!... ¡Ah!...

BARÓN

**(Aparte, con timidez.)** ¡Malo!  
Ahora  
este demonio me envasa.

LEONARDO

Señor Barón.

BARÓN

¡Oiga!  
¿Qué **(Levantándose.)**

se ofrece?

LEONARDO                               Cuatro palabras.

BARÓN                               Decid catorce, y sentaos;  
que no es bien que....

LEONARDO                               Nada, nada.  
Estoy bien así.... ¿Sabéis  
quién soy?

BARÓN                               Yo no; pero basta  
veros, para conocer  
que sois hombre de importancia.  
Tomad asiento. (**Vuelve a  
sentarse.**)

LEONARDO                               Ya he dicho  
que no.

BARÓN                               Bien.

LEONARDO                               A mi me llaman  
Leonardo, soy un vecino  
de este pueblo. Esa muchacha  
me quiere....

BARÓN                               ¿Quién?

LEONARDO                               Isabel.

BARÓN                               Ya.

LEONARDO                               Yo la quiero. Se trata  
de violentar su albedrío,  
y a mí, de veras, me enfada  
este proyecto. La niña  
os aborrece de ganas,  
y pensar, ni por asomo,  
que porque su madre es fatua,  
y vos un señor, o un pillo,  
(que de esto no sé palabra)  
por eso, ella y yo, debemos





y donde quiera que os vea,  
solo o con gente, con armas,  
o sin ellas, en la calle,  
en cualquiera parte.... en casa,  
en la iglesia, os atravieso  
el pecho de una estocada.

BARÓN

¡Estamos bien!... ¡Yo salir!...  
Y el tal hombre tiene trazas.  
**(Paseándose.)**  
De hacer lo que dice... ¡Yo  
salir!... Saldré; pero falta  
saber por dónde... Sí, el aire  
seco de Illescas me daña...  
Cosa de miedo no tengo...  
Él me conoció en la cara  
que no soy espadachín...  
Esto de que yo me vaya  
sin dar un susto al zurraco  
del viejecito, es chanada.  
Eso no... ¿Pues que en Illescas  
se sabe más que en Triana?  
Las ocho... **(Saca el reloj.)**  
Pero, si espera  
en efecto, si se enfada  
porque no voy, si me encuentra  
luego y me... ¡Cosa más rara!  
¡Calle! Ya está el otro aquí.

BARÓN

Si os ha dicho la criada  
que os fui a buscar, sería  
mejor que a mi me avisaran  
y hubiera pasado allá.

DON PEDRO

A mí no me han dicho nada,  
ni vengo por vos. Quería  
hablar un rato a mi hermana  
de un chisme que me han



DON PEDRO

¡Qué tontería!

No señor, no es desdichada  
tanto como vos decís,  
ni tan oscura y opaca  
la atmósfera, ni hay eclipses,  
ni es menester levantarla  
tan alto... ¡Qué! No, señor.  
En este lugar se casan  
muy bien las niñas. Es cierto  
que no hay aquí (y es desgracia)  
una juventud de alcorza,  
corrompida y perfumada,  
cigarrera, petulante,  
ociosa, habladora y fatua,  
como la que he visto yo  
ir bailando contradanzas,  
allá en la Puerta del Sol.  
De eso no tenemos nada...  
Pero hay jóvenes honrados,  
ricos, de buena crianza,  
atentos, que nunca insultan  
al decoro de las canas.  
Que a las mujeres, ni las  
adoran ni las ultrajan,  
las estiman; que si ignoran  
las locas extravagancias  
que inventa el lujo, se visten  
como la modestia manda...  
La instrucción no es mucha, pero  
tienen aquella que basta  
para ser hombres de bien;  
para gobernar su casa,  
dar buen ejemplo a sus hijos,  
y hacerles amable y grata  
la virtud, que ellos practican.  
Isabel no está enseñada  
a otra cosa, ni la inquietan  
ambiciosas esperanzas.  
Tiene un novio que la quiere,  
ella le estima en el alma,  
yo soy contento y espero

que no pasen dos semanas  
sin que haya boda... Tendremos  
gran comida, trisca y danza,  
y a la tarde, chocolate,  
agua de limón y horchata.

BARÓN                      Mucho me admira ese modo  
de pensar.

DON PEDRO                      Y a mi me pasma  
  
el vuestro. ¿Queréis que sea  
vizcondesa o almiranta?

BARÓN                      Quisiera verla feliz.

DON PEDRO                      Pues si lo queréis, dejadla.

BARÓN                      Pero, si la suerte hiciese  
que se la proporcionara  
otro destino mejor....

DON PEDRO                      ¿Mejor que verse casada  
a su gusto, en su lugar?  
No puede ser.

BARÓN                      Yo pensaba  
que su madre, en este caso,  
debiera ser consultada  
y obedecida.

DON PEDRO                      Su madre  
es una pobre aldeana,  
y no sabe más de mundo  
que los chiquillos que maman.  
Pero no importa. El encargo  
de convertirla y sacarla  
de error, no es cosa difícil;  
y a pesar de su ignorancia,  
dentro de muy pocas horas,







DON PEDRO

Ya lo sé  
ya me lo ha dicho.... Y estaba  
enfadadillo además.  
En la juventud nos falta  
moderación... Ni es posible  
usar de aquella templanza  
que dan los años. Leonardo  
se ve ofendido, mi hermana  
es terca, no será mucho  
que de una en otra palabra,  
la disputa haya venido  
a parar, en lo que paran  
todas, cuando las pasiones  
nos acaloran y arrastran.

ISABEL

Es verdad, bien lo temí...  
Se lo dije; pero estaba  
empeñado en verla.

DON PEDRO

Y bien,  
¿cómo ha de ser? Es desgracia  
inevitable.

ISABEL

Tal vez  
otras mayores me aguardan.  
¿Sabéis que intenta reñir  
con El Barón?... Si esto pasa...  
Si muere... O vuelve culpado  
de un homicidio, ¡qué infausta  
victoria! ¡Qué objeto horrible  
para mí!

DON PEDRO

No temas nada,  
Isabelita. Valor.  
¿Presumes tú que llegara  
a tener efecto, haciendo  
yo papel en esta farsa?  
No por cierto. El tal Barón  
no gusta de cuchilladas.  
Leonardo, al salir, le dijo  
que a las doce le esperaba  
ahí fuera. Esta sería  
resolución temeraria





TÍA MÓNICA                      Vete. Tú la levantas  
de cascos, tú me la pierdes.

DON PEDRO                      ¿Yo, mujer?

TÍA MÓNICA                      Sí, tú... ¿Qué  
estabas  
diciéndola?

DON PEDRO                      Que te sufra.

TÍA MÓNICA                      Habrás venido a inquietarla,  
a llenarla de ilusiones  
la cabeza, y que no haga  
cosa que la mande yo.

DON PEDRO                      No tal, he venido a causa  
de que ya por el lugar  
dicen todos que la casas  
con El Barón; me preguntan  
a mí, que no sé palabra,  
y hago un papel infeliz...  
¡Es fuerte cosa! No hablan  
de otra materia en las tiendas,  
en la botica, en la plaza,  
en casa del alojero.  
¡Y a mí no me dices nada  
de este bodorrio!

TÍA MÓNICA                      A su tiempo  
lo sabrás; y esos que pasan  
la vida en chismotear,  
verán después si se engañan,  
o aciertan.

DON PEDRO                      Pero, si vieras  
qué risa les da, y qué ganas  
me dan a mí de rabiarse.  
¿Quién ha de tener cachaza  
para sufrir que se digan  
tales cosas de una hermana?

Yo te digo la verdad;  
si quieres ver acalladas  
esas voces, desmentir  
los enredos que levantan  
contra ti, cásala presto.

TÍA MÓNICA Presto será.

DON PEDRO Y que se vaya  
ese Barón, o ese infierno,  
que nos tiene alborotadas  
las cabezas.

TÍA MÓNICA Cuando quiera  
hallará la puerta franca.

DON PEDRO ¿Y si no quiere?

TÍA MÓNICA Si no  
quiere, no tengo yo cara  
ni desvergüenza bastante  
para echarle de mi casa.  
A un señor de su carácter,  
a quien he debido tantas  
atenciones, ¿te parece  
que es regular se le hagan  
esos desaires? Tú allá  
con tu gramática parda  
sabrás mucho; pero en punto  
de urbanidad y crianza,  
sabes muy poco.

DON PEDRO En  
efecto, **(Siéntase.)**  
la tal noticia no es falsa.

TÍA MÓNICA ¿Qué noticia?

DON PEDRO La de estar  
persuadida y confiada  
en que El Barón ha de ser  
tu yerno... ¡Ilusión más rara  
no se dará!... ¡Vanidad

maldita!, ¡que así nos saca  
de juicio y nos pierde!... Un  
hombre  
de tan ilustre prosapia,  
primo de condes y duques,  
biznieto de Doña Urraca  
y chozno del rey Don Silo;  
venir a hacernos la gracia  
de casarse con tu hija...  
¡Qué desatino!

TÍA MÓNICA

¿A qué llamas  
desatino? ¿Por ventura,  
te parece cosa mala,  
cuando vemos favorable  
la ocasión, aprovecharla?  
¿Será la primera vez  
que un caballero se casa  
con una mujer humilde?  
¿Quién ignora lo que arrastra  
una pasión?

DON PEDRO

¡Qué pasión,  
mujer, ni qué calabaza!  
¡Cuidado que!... ¿Dónde has visto  
pasiones de esa calaña?  
En las comedias que vienen  
Príncipes de Dinamarca  
vestidos de jardineros  
y están de amores que rabian  
por alguna pastorcita,  
con su zurrón y sus cabras.  
Se dicen flores, hay celos,  
desdenes, lloros, mudanzas...  
Se casan al fin, y luego  
salen con la patochada  
de que la tal moza es hija  
del duque de Transilvania  
y otros delirios así;  
pero en el mundo no pasa  
nada de eso.

TÍA MÓNICA

¿No?

DON PEDRO

Jamás.

Y cuando en amores trata  
algún señorón con una  
jovencilla biencarada,  
huérfana, plebeya y pobre,  
ojo avizor, que allí hay trampa.  
No, señor; los matrimonios  
de esa gente no se entablan  
por trato y cariño. Cogen  
la pluma y en una llana  
de papel suman partidas.  
Cuatro y dos seis, llevo nada;  
ocho y siete quince, llevo  
una, y cuatro cinco; sacan  
el total al pie, y según  
lo que en el ajuste ganan,  
hay boda o no hay boda... Y sea  
la novia gibosa y chata,  
y tuerta, y el novio manco,  
vizco, gotoso y con sarna;  
conózcanse mucho o nunca  
se hayan hablado palabra,  
con amor o sin amor...  
¡Bendígalos Dios! Se casan.

TÍA MÓNICA

Eso sí, como te dejen  
hablar, piquito no falta,  
ni murmuración... En fin,  
si te incomoda y te enfada  
cuanto digo y pienso, vete.  
Déjame en paz, no me traigas  
cuentos, ni alborotes más  
con esas extravagancias  
a tu sobrina. Yo soy  
la que debe gobernarla,  
sé lo que más la conviene;  
nadie como yo se afana  
tanto por ella... Es mi hija,  
y a este amor ninguno iguala.

DON PEDRO                   ¿Y por ese amor, la quieres precipitar, entregarla a un hombre desconocido, trapalón, tuno de playa?... ¡Y tú tan boba!... No ves que es un pícaro y te engaña, ¿no lo ves?

TÍA MÓNICA                   No, porque tengo antecedentes que bastan a persuadirme. Tú no los tienes, por eso ensartas tanto disparate.

DON PEDRO                   Pero yo te concedo de gracia que es un señor, que él y el rey meriendan juntos. ¿Qué sacas de aquí? ¿Le darás tu hija?

TÍA MÓNICA                   ¿Tuvieras tú repugnancia en dársela?

DON PEDRO                   Sí.

TÍA MÓNICA                   Se ve que no eres su madre, y hablas como un viejo sin cabeza.

DON PEDRO                   Hablemos claro, hermana. Ese cariño de madre que me ponderas con tanta frecuencia, no es el motivo que te dirige; y si tratas de engañarme a mí, no pierdas el tiempo. Mira, tú rabias por hacer gran papelón. Siempre has sido tiesa y vana, muy amiga de mandar, enemiga declarada de quien tiene más dinero, mejor jubón, mejor saya

que tú. Te comes de envidia  
cuando ves que a las hidalgas  
las llaman Doñas, te lleva  
Dios cuando las ves sentadas  
en la iglesia junto al banco  
de la justicia, y por darlas  
que merecer, por vengarte  
de la humillación pasada,  
eres tú capaz, no sólo  
de entregar esa muchacha  
a un hombre indigno, sino  
de ponerte a la garganta  
un dogal.

TÍA MÓNICA

¿Yo?

DON PEDRO

Tú... ¿Qué ideas  
tienes tan descabelladas  
de grandeza? ¿No es verdad  
que ya a tus solas aguardas  
el feliz momento, en que  
oigas que todos te llaman  
Excelencia; que señoría  
es cosa bien ordinaria?  
¿No es cierto que allá en tu mente  
el plan de vida repasas  
que has de tener? Coches, modas,  
brillantes, sedas y holandas,  
mesa para los hambrientos  
que por lo que adulan tragan...  
Baile, academias, teatros,  
solemne robo de banca;  
prodigalidad, miseria,  
orgullo, bajeza y trampas.  
Llamar cultura a la infame  
depravación cortesana,  
bestia a todo hombre de bien,  
y a todo acreedor, canalla...  
¿No es ese tu plan? ¿No es  
esta **(Levantándose.)**  
la gran fortuna que guardas  
a mi sobrina infeliz?...



y cuando después de tantas  
desventuras, vi lucir  
algún rayo de esperanza,  
vine a este pueblo creyendo  
que estar a poca distancia  
de la corte me sería  
favorable. Vuestra hermana  
me vio, la conté mi historia,  
condolióse al escucharla,  
me hospedó aquí, donde a fuerza  
de atenciones no esperadas,  
y tal vez no merecidas,  
alivio hallaron mis ansias.  
Isabel... ¿Cómo pensáis  
que fuese fácil tratarla,  
sin quererla bien?... Yo os ruego  
que no os alteréis, me falta  
poco que añadir, y espero  
que tendréis la tolerancia  
de no interrumpir a quien  
por última vez os habla.  
Digo que la quise bien;  
y aunque su madre os lo calla,  
traté de hacerla mi esposa,  
en la segura esperanza  
de conseguirlo, y creyendo  
que vos no perderais nada.  
Pero he visto que en el pueblo  
se murmura, se propagan  
mil calumnias contra mí.  
Hay alguno que nos guarda  
la puerta, y tan atrevido  
que me insulta y me amenaza;  
hay alguno que desprecia  
mi carácter, que me trata  
de seductor, y...

DON PEDRO

¿Por quién  
lo decís?

BARÓN

Por nadie, tantas  
injurias no las toleran



que El Barón habla muy bien,  
que le tomo la palabra,  
que si la cumple, debemos  
darle todos muchas gracias...  
Y que me voy a acostar.

TÍA MÓNICA      ¡Qué necesidad, qué ignorancia!  
¡Si es muy tonto!... Pero yo,  
Señor, por qué...

DON PEDRO                                      Consoladla,  
Señor Barón.

BARÓN                                      No hay remedio.

TÍA MÓNICA      ¡Qué mujer tan desdichada!

BARÓN              Es preciso hacerlo así,  
lo exigen las circunstancias;  
mi estimación es primero  
que mi amor.

DON PEDRO      (**Aparte.**)    ¡Que zalagarda  
me ha querido armar!... Adiós,  
Mónica, duerme y descansa.  
Señor Barón, buenas noches.  
¿Quedamos en que mañana,  
luego que amanezca?...

BARÓN                                      Sí.

DON PEDRO      ¿Os iréis a la posada?

BARÓN              Ya lo he dicho.

DON PEDRO                                      ¿Y no volvéis  
aquí?

BARÓN                                      No.

DON PEDRO                                      ¿Y así que os traigan  
el equipaje, los tiros  
y las carrozas de nácar,

os vais?

BARÓN Me iré.

DON PEDRO Lindamente.  
(**Aparte.**) Pues con todo, no me engañas.

TÍA MÓNICA ¿Qué es lo que pasa por mí?  
¿Señor Barón de mi alma,  
qué es esto?

BARÓN Ver si por medio  
de un artificio, se calma  
la envidia, el odio, el furor  
de esa gente temeraria.

TÍA MÓNICA ¿Qué decís?

BARÓN Ficción ha sido;  
jamás han salido vanas  
mis promesas, no temáis.

TÍA MÓNICA Yo al escucharos estaba  
muerta, muerta... Si quisieran  
sangrarme, no me sacarán  
gota de sangre.

BARÓN Lo creo.  
Pero todo ha sido traza  
para deslumbrarle.

TÍA MÓNICA Bien,  
bien hecho.

BARÓN Fue necesaria  
precaución... Pero escuchad  
lo que se ha de hacer, sin falta.  
Mañana pasaré el día  
en el mesón: cuando caiga  
la noche saldré de Illescas,  
dejo en Toledo encargada



Cuidado, abrigarse bien;  
porque aunque tiene persianas  
el coche, pieles y estufa,  
estáis algo delicada  
y es bueno cuidarse.

TÍA MÓNICA

Así

lo haré.

BARÓN

Si esto se llegara  
a saber, tal vez sería  
cosa muy aventurada.  
Ya veis que en Madrid me  
ofrecen  
una rica mayorazga,  
hermosa, ilustre. Su padre  
es caudatario del Papa,  
su primo, duque de Ultonia,  
nobleza más acendrada  
que la suya, más antigua,  
es imposible encontrarla  
aunque expriman la de todos  
los príncipes de Alemania.  
No es fácil, pues, renunciar  
a este enlace sin que haya  
desazones, y a este fin  
pienso escribir unas cartas,  
para evitar desde luego  
que vengan por mí, con varias  
excusas que fingiré.  
De esta manera se gana  
tiempo... Pero a nadie, a nadie,  
habéis de decir palabra.

TÍA MÓNICA

Bien está, señor.

BARÓN

A nadie.

y cuando digan mañana  
o esotro, que me marché,  
fingid que no sabéis nada.

TÍA MÓNICA

Bien está.









TÍA MÓNICA                      Servidora vuestra.

BARÓN                              Adiós... La ausencia no es larga.

TÍA MÓNICA                      Con todo, señor, si ahora  
no llorase, reventara.

BARÓN                              Hasta el domingo... ¿Qué hacéis?

TÍA MÓNICA                      Alumbraros.

BARÓN                              No faltaba  
más.

TÍA MÓNICA                      Pero si yo...

BARÓN                              Vos sois  
mi madre, no mi criada.

TÍA MÓNICA                      **(Sola.)** ¡Bendito, bendito, amén!  
¡Con qué respeto me trata  
el pobrecito!... ¡Qué humilde!  
Si a boca llena me llama  
su madre... Pero, no dice  
bien, no señor... Si me faltan  
algunos dientes, también  
tengo las muelas muy sanas,  
gracias a Dios... Ni me huele  
la boca, ni... Pues me agrada  
la especie de... ¡Bueno fuera  
que nos viniese de extranja  
el otro bribón, aullando  
en su lengua chapurrada!...  
¡Maldito!... Pues aunque él viva  
más años que Mariblanca,  
yo le juro que no lleve  
ni un alfiler, ni una hilacha.  
No señor, todo a los niños...  
¡Ay! ¡Hijos de mis entrañas!  
¡Angelitos!... ¡Sí, pues, poco  
los querrá su padre! ¡Vaya!



TÍA MÓNICA

Pues, acaba,  
¿Por qué no viene?

PASCUAL

Porque  
parece que esta mañana...  
Pues, señor, el pobre sastre  
subió a poner unas tablas  
al palomar, y una red  
para tapar la ventana,  
y estando allí se le fue  
la cabeza, como andaba  
clavando clavos, y el pelo  
se le enredó en una escarpia...  
Y desde allí se cayó  
sobre el palo donde enganchan  
la garrucha cuando tienen  
que subir sacos de paja;  
y desde allí se cayó  
al tejado de la Marta;  
y desde allí cayó al suelo  
y desde allí, por la trampa  
de la cueva, zas, cayó  
a la cueva, porque estaba  
sin cerrar; y desde allí  
se cayó en una tinaja  
de aguardiente... Y desde allí,  
le llevaron a la cama;  
y mientras esté acostado  
no quiere salir de casa...  
Conque no puede venir.

TÍA MÓNICA

Soy en todo afortunada;  
porque tanto cuando yo  
le llamo, se descalabra.  
Toma esa ropa... Cuidado,  
y llévala adentro... Aguarda,  
¿no ves que lo arrugas todo?

PASCUAL

Es porque no se me caiga.

TÍA MÓNICA

¡Mira qué aliño!

PASCUAL

Si...





que a mí me viene pintada.  
¡Vaya, vaya, estas mujeres  
que cosas tan buenas gastan!  
Y es bien anchota... Probemos.

A ver... ¡Qué!, si está cortada  
para mí... ¡Pobre Pascual,  
siempre vestido de lana  
churra!... ¡Ay! ¡Qué guapo! Así  
va  
la médica por la plaza;  
lo mismo, lo mismo, así.

FERMINA                   ¿Qué estás haciendo? ¡No es mala  
la diversión!

PASCUAL   ¡Ay! ¡Qué susto  
me has dado!

FERMINA                                       Vamos, despacha  
Ropa fuera... ¡Se habrá visto  
mayor zangandungo!

PASCUAL                                       Vaya,  
no te enfades... tira...

FERMINA                                       Poco  
a poco, que me lo rasgas.  
¡Por vida de!...

PASCUAL                                       No te enfades,  
mujer.

TÍA MÓNICA                               Fermina. (**Llamando  
desde adentro.**)

FERMINA                                       ¡Ay! que llaman.

PASCUAL                                       ¿Qué te parece, si viene  
y nos pilla?

FERMINA Me alegrara.

PASCUAL Como está sobre la chupa se arruga todo y se atasca.

TÍA MÓNICA Fermina. **(Vuelve a llamar desde adentro.)**

PASCUAL ¡Válgate Dios!  
Tira mujer.

FERMINA Si no alargas un poco el brazo ¡Ay, que viene!

PASCUAL Ya se ve que viene.

FERMINA Marcha, corre.

PASCUAL ¿A dónde?

FERMINA ¿Qué sé yo?  
Al desván.

PASCUAL Arriba patas al desván... Oyes, por Dios, que no digas...

FERMINA Corre y calla.

TÍA MÓNICA ¿Dónde estás, sorda, que grito como una desesperada y no respondes?

FERMINA Aquí, doblando esta ropa.

TÍA MÓNICA Acaba presto, y danos de cenar.

FERMINA                   ¿Son las nueve?

TÍA MÓNICA                                   Poco falta.

FERMINA                   ¿Pero, no he de hacer la sopa  
de almendra?

TÍA MÓNICA                                   No, que no baja  
el señor Barón. Está  
escribiendo, y cuando haya  
cerrado sus pliegos, quiere  
recogerse.

FERMINA                    ¡Cosa extraña!  
Sin cenar... no lo acostumbra.

TÍA MÓNICA                   Oyes, mira que mañana,  
a eso de las cinco,  
debe salir. Tenle preparada  
la manteca, el chocolate,  
bollos, agua de naranja;  
en fin, lo que toma siempre,  
¿Estás?

FERMINA                    Bien.

TÍA MÓNICA                                   Deja entornada  
la ventana, que si no  
cuando estás entre las mantas  
y a oscuras, eres un tronco.

FERMINA                    ¿Con que en efecto se marcha  
El Barón? ¿Y qué, no lleva  
una tortilla con magras,  
o un poco de...?

TÍA MÓNICA                                   Si no sale  
del lugar.

FERMINA                    ¡Ay, desdichada!  
¿Con que vuelve?







PASCUAL                   ¿Y he de abrir?

TÍA MÓNICA                   Si no conoces  
quien es, no.

TÍA MÓNICA                   Fermina, baja  
con él.

PASCUAL                   Mucho miedo llevo:  
Fermina no te me vayas,

Los dos juntitos.

FERMINA                   ¡Qué prisa  
tienen! Ya van.

TÍA MÓNICA                   ¡Es  
desgracia  
por cierto! Precisamente  
esta noche que me encarga  
que nadie suba, que nadie  
le incomode, ni distraiga,  
porque tiene que escribir,  
y ha de recogerse, para  
madrugar.... ladridos, voces  
carreras, tiros, patadas,  
alboroto... Si anduviese  
por el lugar una sarta  
de diablos, no hubieran hecho  
mayor estrépito.

DON PEDRO                   Hermana,  
Isabel, albricias, nuestro  
huésped cumplió su palabra.

TÍA MÓNICA                   ¿Cómo?

ISABEL                   ¿Qué decís?

DON PEDRO                   Que ya



DON PEDRO.

Leonardo

no se ha muerto, ni le matan,  
ni corre peligro... Mira,

ya está aquí, ¿le ves? Ensancha  
ese corazón... ¿Qué nuevas  
nos das?

LEONARDO

Que El Barón se escapa;  
tal ligereza de piernas  
jamás la vi.

DON PEDRO

Que se vaya  
enhorabuena... ¡Quién sabe!  
Tal vez el susto que acaba  
de llevar, será su enmienda.  
Así el infeliz se salva  
de un presidio; en donde lejos  
de reprimirse las malas  
inclinaciones, se aumentan;  
donde los delitos hallan  
castigo, no corrección.

FERMINA

¡Marchose por la ventana  
el pícaro! Allí no hay más  
que una chupa desgarrada,  
un sombrero viejo, un par  
de calcetas... nuestra bata  
de boda, en una gatera,  
cubierta de telarañas;  
la cuerda que le ha servido  
de escalera, y unas chanclas.

DON PEDRO

Aquí debe aparecer  
lo demás. Mira, una caja,  
y ésta es la tuya, un pedazo  
de galón, una cuchara  
de plata...

FERMINA

¡Qué picardía!  
La que le di esta mañana

con el vaso de conserva.

DON PEDRO Un estuche, dos barajas,  
un anillo... también tuyo...  
y a que hay dinero... Él estafa,  
pero restituye.

FERMINA Es hombre  
de conciencia delicada.

TÍA MÓNICA Bien está; dejadme sola;  
idos, que ya es tarde... Baja,  
Pascual, y cierra las puertas.  
Idos.

DON PEDRO ¿Qué pasión te afana?

TÍA MÓNICA ¡Picarón!... ¡Maldito!... ¡y yo  
tan sencilla, tan bonaza!  
¡Y burlarme así!

ISABEL ¡Querida  
madre!

LEONARDO No es tiempo de tanta  
aflicción.

DON PEDRO Un error breve,  
que no ha producido infaustas  
resultas, puede ser útil;  
porque instruye y desengaña.  
Quisiste salir de aquella  
humilde esfera en que estabas,  
y te expuso esta ilusión  
a un abismo de desgracias.  
Horror me da contemplar,  
cuantos males preparaba  
tu ceguedad.

TÍA MÓNICA Ya lo veo,  
y eso me angustia y me mata.

DON PEDRO Mira tu consuelo aquí.



estas dichas... ¡Infeliz  
el que no sabe apreciarlas!

FIN

**Freeditorial** 